



HUMANISMO Y TRASCENDENCIA

LA URGENCIA DE PENSARNOS SIN PRISA

Edición de Joan Calvin Palomares y Alberto Wagner Moll



Ápeiron Ediciones

HUMANISMO Y TRASCENDENCIA

LA URGENCIA DE PENSARNOS SIN PRISA



Ápeiron Ediciones

2026

En los textos de este libro el lector no va a encontrar una exaltación del humanismo, pues este se piensa desde sus heridas, crisis y lecturas. Tampoco hallará una exposición dogmática y clausurada de lo trascendente, pues se reflexiona desde la apertura y la posibilidad de asombrarnos ante antiguos y nuevos anhelos.

Este es un libro cuyas palabras invitan al giro, al desmontaje crítico, a cuidadas redefiniciones y, sobre todo, a intensos diálogos. Aunque los siguientes temas estén en auge y casi en boca de todos aquellos para quienes pensar ocupa tiempo y espacio, las preguntas por la paz y lo sagrado, el arte y la técnica, el pluralismo y la democracia, la dignidad y la alteridad, el lenguaje y la poesía se despliegan en valientes oleadas de inversiones conceptuales que, lejos de resolver esas tensiones mediante nostalgias reaccionarias, ofrecen torsiones de humanismo y trascendencia.

En definitiva, este no es un libro de soluciones, pues nace de un diálogo vivo entre profesores y alumnos. Un libro que, desde el amor a la inteligencia que nos dona ese pasado que llamamos filosofía, nos invita a ir despacio, pues tenemos la urgencia de pensarnos sin prisa.

1.ª edición, 2026



Este libro ha contado con el apoyo de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

© De la edición, Joan Calvin Palomares y Alberto Wagner Moll

© De los textos, sus autores

© Ápeiron Ediciones

C/ Príncipe de Vergara, n.º 132, planta 9

28002 Madrid

Tfno.: (+34) 611 00 28 41

E-mail: info@apeironediciones.com

<http://www.apeironediciones.com/>

Diseño y maquetación: Ápeiron Ediciones

ISBN: 979-13-991845-9-4

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

ÍNDICE

Proemio	
Teresa Oñate	9
A manera de prólogo: La sagrada puerta y la casa del hombre	
Félix Duque	21
Mirando alrededor: notas para pensar lo humano en el siglo XXI	
Ricardo Pinilla Burgos	29
<i>Lontano</i> . Lo inefable en la música de Györgi Ligeti	
Angelo Valastro Canale	37
¿Qué es la IA?, ¿y tú me lo preguntas?	
Humanismo hermenéutico en tiempos de tecno-capacitismo	
Joan Calvin Palomares	45
La contemplación de Dios como transcendencia humana en el <i>Corpus Dionysiacum</i>	
Alberto Wagner Moll	53
Pluralismo, Humanismo y Transcendencia en Peter L. Berger	
Sergio Simino Serrano	61
El espejo roto de la naturaleza: hacia una poética de la contingencia	
Pilar Salvá Soria	69
Hiroshi Sugimoto o lo Sublime Fotográfico	
Milagros García Vázquez	77
Cuatro dimensiones de la democracia constitucional: formalidad y sustancialidad en Ferrajoli	
Román Trenado Rosa	87
Nuevas formas de transcendencia en la cultura de la inmanencia	
Miguel Antón Moreno	94

La ocultación como especificidad de la vida y su captación: la religión y el racionalismo moderno como intérpretes válidos en la Fenomenología material de Michel Henry	
Juan Carlos Alarma Rodríguez	103
<i>Nihil Humani a Me Alenium Puto. Desazón y Estética</i>	
Francisco Sánchez-Rivas	109
El Culto al Individuo	
Adrián Estévez González	119
Conciencia Temporal y Percepción del Tiempo: Aproximaciones Filosóficas y Psicológicas	
Claudia Izquierdo Rodríguez	125
Los límites del yo, el misterio del otro y su trascendencia ética	
Inés Sainz de los Terreros Luján	133
La condición humana tras la secularización: El existencialismo y sus herederos	
Leonel Heberto Gutiérrez Oraa	139
Tras la dignidad: El Santo Grial de la filosofía	
Juan Godoy Dabrio	145
Un apunte sobre la teología política del estado moderno	
Alfonso Cuenca Cossío	151
Trascendencia de la persona en el séptimo arte	
Nicolás Teijelo Albertos	157
Interpretación del concepto de amor en San Agustín por Hannah Arendt	
Guzmán Gila Herranz	163
El fundamento racional del saber hermenéutico en lo concerniente a la transcendencia	
Carlos Santos-Aguirre	169
La pregunta por la Piedad: La condición de posibilidad de la abertura a lo otro	
Vanesa Gourhand	177

Transhumanismo: un anhelo humano de trascendencia	
Raúl García Pérez	185
Humanismo y trascendencia en la acción compartida	
La familia empresaria como forma contemporánea de comunidad moral	
Pablo Álvarez de Linera Granda	191
En el límite de lo que sé: una reflexión sobre el anhelo	
en <i>Mi abismo luminoso</i> de Christian Wiman	
Emmanuel Aondofa Hemen	201
La hospitalidad juandediana como paradigma de humanismo	
trascendente: fundamentos antropológicos y relevancia contemporánea	
Juan Francisco Blázquez	209
Dominio y escucha: sobre el cuidado de lo otro y el poder	
Paula A. Serrano	219
Fragilidad, arte y cuidado. Migajas para una estética de la fragilidad	
Ílber Alexánder Salcedo Velásquez	227
San Buenaventura; lector de Aristóteles	
Ignacio Verdú	235
El cuidado del lenguaje. Abstracción y comunidad	
Aurora García Carreras	245
Palabra poética y anhelo de trascendencia	
Nieves Algaba	253

FRAGILIDAD, ARTE Y CUIDADO. MIGAJAS PARA UNA ESTÉTICA DE LA FRAGILIDAD

Ílber Alexander Salcedo Velásquez

Desde hace varios años pienso la circunstancialidad de lo *frágil*. Progresivamente he ido reconociendo que es una realidad que me ha acompañado desde que tengo consciencia: desde ella me comprendo, me sitúo y me proyecto. Pero la fragilidad como circunstancia y modo de estar no es solo una nota natural que me permite concebirme y releerme, sino que es aquello que me faculta conectar con los otros y con la misma presencia de lo divino. Por eso «*fragilidad*» es, para mí, una *verbalidad* que *inquieta* y a la vez *revela*. Desde este *logos* vivido, y que me sigue reclamando atención y mirada, les ofrezco una brevísima reflexión en la que intentaré poner en relación la nota natural de lo *frágil* del hombre con la *belleza* y el *cuidado*, es decir, con la estética y la salud. Lo haré postulando brevemente tres puntos de reflexión: releer la condición humana en términos de fragilidad, reconocer en lo débil y frágil un aura de belleza y la clamada sed que tiene lo frágil de cuidado.

1. La condición humana en términos de fragilidad

Desde sus orígenes la filosofía se ha preguntado qué es el ser humano. No hay una antropología definitiva, porque la vida mantiene en sus entrañas su enigmático misterio. En Sylvie Germain encontramos una intuición de partida: “la fragilidad está inscrita en la carne de todos los seres vivos, animales y hombres. Es la firma invisible del tiempo que atraviesa toda materia y que, tras haberla fecundado, la hace madurar, y poco a poco la corroe y la consume para finalmente dispersarla y eliminarla” (Germain, 2017, p. 75). Esa inscripción del tiempo en la carne da la clave para leer la existencia como maduración y desgaste, plenitud y dispersión. También en

Séneca encontramos una metáfora incisiva: el hombre como vasija frágil, quebradiza por todos sus flancos, inerme y necesitada. Esa imagen nos sitúa en la finitud concreta de un cuerpo “débil, desnudo e inestable”, expuesto al frío, al calor, a la enfermedad y, en último término, a la disgregación. Por cualquier golpe, diríamos con el estoico, el recipiente puede cuartearse (cf. Séneca, 1999, pp. 70-71). La figura de la vasija fija desde el comienzo un horizonte: pensarnos desde la fragilidad, admitir la quebradura que nos constituye y que deja huella aun al menor contacto.

Paul Ricoeur reescribe esta intuición en el registro de la antropología filosófica de la finitud: el ser humano es un ser de *desproporción*, tensado entre los polos de infinitud y finitud. No partimos de lo simple, sino de lo doble: percepción y palabra, límite y limitación. Esta antinomia funda la dialéctica originaria de lo humano. En el centro de esa dialéctica, Ricoeur destaca el *sentimiento* como punto más íntimo de la persona: ahí se concentra la desproporción, ahí culmina la falibilidad (cf. Ricoeur, 2020, p. 42). El sentimiento reintroduce en el fondo vital lo que había sido puesto a distancia; es proximidad de la persona, lugar donde la exterioridad del mundo se interioriza. Entonces el sentimiento esboza una dinámica o movimiento de interiorización y donde surge la *desproporción* por excelencia a la que se hacía mención anteriormente. Pero ¿qué nueva forma de fragilidad revela el sentimiento?

Para comprender tal fragilidad, se hace necesario acudir a la idea platónica de *thymós* (θυμός), presente en el libro IV de la República, entendida como principio intermedio entre razón y deseo, energía del coraje y poder de la cólera, sede móvil de la vida afectiva. En el *thymós* laten las “búsquedas” que Ricoeur asocia, de la mano de Kant, con tres pasiones: tener, poder y valer; es decir, apropiación, dominación y reconocimiento. En el borde entre lo vital y lo espiritual, estas búsquedas confluyen bien en el *placer* (cuando alivian el dolor), bien en la *felicidad* (cuando alcanzan sentido). El lugar frágil por excelencia es, entonces, el *corazón*: allí resuena la inquietud que articula nuestras desproporciones y, en su latido inestable, se juega el drama de la libertad. Nombrar ese drama es nombrar el conflicto. La madurez asume la lucha como vía de crecimiento. Resistirse a lo problemático es negar la dialéctica inscrita en la carne y el aliento del espíritu. De lo más abstracto a lo más concreto —de la imaginación trascendental al trabajo íntimo del *thymós*— la antropología de la fini-

tud reconoce la fragilidad como condición. Y desde ahí, abre el paso hacia la estética: del corazón inestable emerge una voz que necesita decirse; y el deseo de decir engendra la obra de arte. Friedrich Nietzsche lo formula con vigor cuando reclama comprender “el fenómeno artístico fundamental que se llama vida; el espíritu constructivo que se construye en las circunstancias más desfavorables...” (Nietzsche, 2004, p. 68).

2. La belleza de lo frágil

Cioran describió al ser humano como “un animal desgraciado, abandonado en el mundo, condenado a encontrar una manera de vivir propia, inédita en la naturaleza” (Cioran, 2020, p. 119). Más allá del notorio pesimismo del filósofo rumano, hay en sus palabras una fuerza proyectiva que solo le pertenece al hombre, aunque sea en imperativo de condena: hallar la manera propia exige creatividad. El encontrar esa *manera propia* es tarea que se le impone, es inquietud y necesidad radical que le viene *de profundis*, desde lo abismal de su ser. Es la intensa sed que le impulsa a la búsqueda creativa (“*inédita*”) para dar sentido y significado a su respirar, a su estar y habitar en el mundo. Antropología y estética convergen: la conciencia de fragilidad es a la vez herida y fuente de forma.

Simone Weil sugiere el aura poética que circunda lo carente y limitado: “hay una poesía [incomparable] en la pobreza... que emana de la carne miserable contemplada en la verdad de su miseria”. Y añade que el espectáculo de los cerezos en flor “no nos tocaría el corazón... si su fragilidad no fuera tan sensible”, pues una condición de la extrema belleza es ser casi ausente (cf. Weil, 2024, p. 73). La relación fragilidad y sensibilidad están estrechamente relacionadas, como si de una danza se tratara: así como la danza no puede darse sin la musicalidad que lleva lo corpóreo al movimiento, así la belleza queda castrada y empobrecida sin la realidad de lo frágil. Si nos detuviéramos por un momento a considerar un acto que transparente la fragilidad humana, hallaríamos en las lágrimas un testigo de la frágil condición que se halla inscrita en nuestra carne. Tanto en los momentos de impotencia y sufrimiento, como en los momentos de alegría, el llanto incontenido es confesión de tal condición. Catherine Chalié observa que, en la irrupción del llanto, “la quiebra psíquica... pone por un instante

a todo el ser al compás secreto de la emoción. La llegada de las lágrimas proviene de este secreto” (Chalier, 2007, p. 90). Las lágrimas confiesan una “fragilidad esencial” que toda vida humana comparte.

El arte es el lugar donde esa revelación toma cuerpo, donde, con enérgica sensibilidad, se percibe la belleza de la fragilidad esencial de la condición humana: “en el arte, todo lo que evoca la miseria humana en su verdad es infinitamente bello y conmovedor” (Weil, 2024, p. 74). Si el hombre es vasija, también es obra: composición expuesta a la luz y a la sombra, a la fuerza y a la quiebra. La obra no solo expresa la sensibilidad del artista; también *desoculta* la verdad que la sostiene. “En la obra —escribe Heidegger— está en operación la verdad” (Heidegger, 2006, p. 69). Por eso conviene volver a las obras, una y otra vez, en ejercicio humilde y reflexivo: la verdad acontece como proceso, no como moneda acuñada; esta “no es una moneda acuñada que puede darse ya lista para guardársela sin más en el bolsillo” (Hegel, 2022, p. 97). La dialéctica del saber se cifra en el camino, en el retorno, en el trabajo del concepto; incluso el vacío, motor para algunos antiguos, propulsa movimiento (Hegel, 2022, p. 95).

En efecto, la percepción de lo bello no deja al margen el vacío. María Zambrano piensa la belleza como aquello que “hace el vacío —lo crea—” y deja tras de sí una “ceniza” terrestre en quien la ve (cf. Zambrano, 2019, p. 330). Ese vacío, lejos de ser una ausencia inerte, prepara el advenimiento de la mirada. Hay en el despertar de la mirada un acto creativo, de nacimiento: los ojos, que en movimiento de apertura abandonan la oscuridad del vacío relativo, rasgan el velo y abren la hendidura primordial desde la que la mirada nace. “Todo es revelación —escribe Zambrano—, todo lo sería de ser acogido en estado naciente” (Zambrano, 2019, p. 329). En la mirada así comprendida —respiración del ser— se conjugan vacío, luz y cuerpo. Ver es nacer al sentido: ¿qué es la belleza, sino el encenderse de la visión en medio del vacío, el despertar del sentido a la luz de la cálida percepción y comprensión de lo que significa habitar la fragilidad? Por eso cabe preguntarse qué tiene que ver la mirada como estado de continuo nacimiento con la fragilidad. En la mirada creativa y epifánica se revela con fuerza la condición frágil y vulnerable de lo humano. De la mirada naciente (*renovada*) brota la comprensión necesaria de la delicadeza y el cuidado de la fragilidad.

Ahora bien, esta mirada estética exige decir algo sobre el modo de pensar que la hace posible. Si la fragilidad es experiencia antes que concepto, su expresión exige imágenes que dejen advenir el pensamiento, abriendo en su aparecer un espacio de posibilidad. De ahí el valor del símbolo. “El símbolo da qué pensar” —afirma Ricoeur— porque hace presente una experiencia y señala, a la vez, su profundidad, “la sutura entre lo histórico y lo ontológico” (Ricoeur, 2020, p. 195). El símbolo no clausura: inaugura, orienta, abre vía. Por eso, hablar de vasija, corazón, vacío o grieta uteral no es ornamento retórico, sino método: una vía de acceso al sentido que habilita el tránsito de la sensibilidad a la forma, y de la forma al cuidado. En el caso de la fragilidad, el símbolo opera como un lente que afina lo sensible y vuelve visible lo que, sin él, permanecería latente. Desde aquí se entiende mejor la poética del vacío y de la luz. Si la belleza “hace el vacío —lo crea—”, ese vacío no es carencia, sino intervalo en el que la luz acontece (Zambrano, 2019, p. 330). La mirada naciente —esa respiración del ser de la que habla Merleau-Ponty— solo puede despuntar en el umbral donde los ojos abandonan “la oscuridad del vacío relativo” y desgarran el velo que da lugar a la grieta uteral del nacimiento (Merleau-Ponty, 2017, p. 30). El artista conoce esa región y se demora en ella: hospeda, sin violentarlo, lo que aparece. La hospitalidad visual es ya una forma temprana de ética: la delicadeza de la mirada prepara la delicadeza del trato. Esta poética completa el marco desde el cual entender la estética de la fragilidad: no solo como categoría de la percepción, sino como actitud ante la aparición; una forma de leer el mundo en clave de apertura y receptividad.

Visto desde aquí, lo frágil no es anomalía que haya que reparar, sino condición de posibilidad de lo bello. “Los trágicos, paradójicamente, querrían curar a la humanidad de la tragedia... predicar moderación y *sophrosýnē*” (Rodríguez, 1995, p. 266). La tragedia griega, al enseñar moderación frente al exceso (*hybris*), ya insinuaba que la cura que promete suprimir la fragilidad solo deja aún más al descubierto nuestra condición. La obra que se ofrece sin resguardo sostiene esa evidencia sin negarla: como testamento al que hay que *volver* para reconocer el valor y la riqueza que en ella se ha legado. La obra es enigma que no se agota. Su aura consiste en esa distancia viva que no clausura el llamado, y que el arte, en su decir, mantiene abierto.

3. Fragilidad y cuidado

Entramos en el tercer y último punto de nuestra reflexión y nos interesa plantear el cuidado de la fragilidad como aspecto esencial de la salud, entendiéndola como *εὐκрасία*. Pero ¿qué es cuidar? Antes que protocolo o mandato moral, cuidar es un arte: un obrar que involucra técnica, sí, pero también interioridad, sensibilidad y creatividad. No se cuida por fragmentos: el cuidado convoca la armonía (*εὐκрасία*) de las dimensiones de la vida, aun en su natural condición fragmentaria. El léxico lo sugiere. En latín, *cogitare* vincula el cuidado con pensar con discernimiento y sabiduría en la praxis; *cura* nombra la “atención seria, cuidadosa y personal”, el trato y tratamiento de lo doliente, la preocupación por el asunto del otro (cf. López, 2011, p. 47).

En griego, *epiméleia* designa solicitud, estudio, administración y cultivo: “una originaria actitud de consideración y de acción, de conocimiento y amor... que no irrumpe agresivamente en la realidad, sino que la deja ser, la cultiva hasta que crezca” (López, 2011, p. 54). La historia ha reconfigurado estas prácticas, en especial en el ámbito sanitario: la técnica se ha afinado, los protocolos se han multiplicado, y con ellos la conciencia de que no todo puede curarse. De esa conciencia nacen los cuidados paliativos: cuando la enfermedad no puede detenerse, todavía es posible aliviar, acompañar, hacer confortable el tránsito. El cuidado no se agota donde la cura fracasa; en cierto sentido, empieza ahí su verdad más sensible.

La reflexión sobre lo frágil en el corazón y en el arte no puede quedar en solitaria introspección. Ha de abrirse al encuentro. La fragilidad reconocida deviene responsabilidad: cara a cara, el rostro del otro —diría Levinas— me reclama. La caricia es el contacto de una *desnudez* y cumple su posibilidad misma; abrazar, en ese sentido, es un modo de desnudamiento que expone y exige cuidado (cf. Levinas, 2013, pp. 226–227). Entre el encuentro, la caricia y el abrazo median comprensión y aceptación: *hospedar* la fragilidad expuesta exige aprender a tocar, a callar, a esperar. Como refiere C. Mèlich, “las vidas de los cuerpos finitos son precarias, los objetos que nos acompañan, las relaciones con los otros y con nosotros mismos son relaciones frágiles que pueden resquebrajarse. Una vida vulnerable puede quedar malograda en cualquier momento” (Mèlich, 2022, p. 45). De ahí

que el arte del cuidado sea especialmente urgente donde hay grieta, desolación o intensa inestabilidad.

Aquí, conviene hacer explícito el doble ritmo del cuidado: tacto y tiempo. Tacto: tocar sin herir, sostener sin poseer, rozar sin invadir. Tiempo: esperar, acompañar, respirar con el otro al compás de su vulnerabilidad. La *mirada atenta* apunta justamente a esta doble virtud: modula palabras y gestos, vela por no herir, reconoce la dignidad de lo frágil (cf. Esquirol, 2024, p. 134). Practicar el cuidado es aprender la sintaxis de la proximidad: cuándo hablar o callar; cuándo intervenir contemplar; cuándo sostener o dar espacio. Esta pedagogía silenciosa enseña que toda forma de vida puede resquebrajarse en cualquier momento.

En este pensar la fragilidad en clave de cuidado, conviene recordar, con Epicuro, que “vana es la palabra del filósofo que no remedia ningún sufrimiento del hombre” (Epicuro, 2019, p. 79) y con Nussbaum, que la filosofía es también un “arte de vivir” (*téchne bíou*) al servicio del alma afligida (Nussbaum, 2021, p. 34). Ese arte de vivir no se entiende sin el *arte de cuidar* (*téchne tês epiméleias*). La estética de la fragilidad, en su verdad más profunda y honesta, desemboca en lo comunitario: de la sensibilidad poética brota una praxis que mira, escucha y atiende no solo a sí, sino a los otros.

Conclusión

No hay una última palabra sobre la fragilidad. Hay, más bien, una disposición a volver —a la obra, al símbolo, al rostro— con mayor hondura y mansedumbre. Y ese volver a lo pensado deja siempre una enseñanza. En ese retorno reflexivo deja siempre una enseñanza, una novedad discreta que orienta, una y otra vez, el ensayo de un arte de vivir y de cuidar: en la fragilidad se desoculta el llamado del ser y, allí donde la belleza toca su límite, ese llamado exige el gesto del cuidado que la salva del abandono.

La fragilidad no es una pieza estática. Su comprensión se renueva con cada gesto de vida, con cada acontecimiento que descentra y obliga a volver a empezar. “Allí donde la intervención del hombre crea poder, crea también nuevas formas de fragilidad y, por consiguiente, de responsabilidad” (Ricoeur, 1997, p. 75). De aquí surge una ética de la atención que toma en serio el proceso: cuidar la fragilidad es sostener tránsitos, leer huellas, acompañar ritmos.

Bibliografía

- Chalier, C. (2007). *Tratado de las lágrimas*. Sígueme.
- Cioran, E. (2020). *En las cimas de la desesperación*. Tusquets.
- Epicuro. (2019). *Filosofía para la felicidad* (8.ª ed.; C. García G., E. Lledó y P. Hadot, Trads.). Errata Naturae.
- Esquirol, J. M. (2024). *El respeto o la mirada atenta*. Gedisa.
- Germain, S. (2017). *Cuatro actos de presencia* (M. Huarte Luxán, Trad.). Sígueme.
- Hegel, G. W. F. (2022). *Fenomenología del espíritu* (A. Gómez Ramos, Ed. bilingüe). UA Ediciones & Abada Editores.
- Heidegger, M. (2006). *Arte y poesía*. Fondo de Cultura Económica.
- Levinas, E. (2013). *Escritos inéditos 1*. Trotta.
- López Alonso, M. (2011). *El cuidado: Un imperativo para la bioética. Relectura filosófico-teológica desde la epiméleia*. Comillas.
- Mèlich, J. C. (2022). *La condición vulnerable*. Fragmenta.
- MerleauPonty, M. (2017). *El ojo y el espíritu* (A. del Río Herrmann, Trad.; 2.ª ed.). Trotta.
- Nietzsche, F. (2004). *Estética y teoría de las artes* (A. Izquierdo, Sel. y Trad.). Tecnos/Alianza.
- Nussbaum, M. C. (2021). *La terapia del deseo: Teoría y práctica en la ética helenística*. Paidós.
- Ricoeur, P. (1997). Poder, fragilidad y responsabilidad. En G. Aranzueque (Ed.), *Horizontes del relato: Lecturas y conversaciones con Paul Ricoeur*. Cuaderno Gris.
- Ricoeur, P. (2020). *Antropología filosófica* (T. Domingo Moratalla, Trad.). BAC.
- Rodríguez Adrados, F. (1995). *Sociedad, amor y poesía en la Grecia antigua*. Alianza.
- Séneca. (1999). *Escritos consolatorios* (P. Cid Luna, Trad.). Alianza.
- Weil, S. (2024). *Sobre la belleza* (P. Matheu Ribera, Trad. y Sel.). Plataforma.
- Zambrano, M. (2019). *Algunos lugares de la pintura*. En *Obras completas IV*, Tomo 2. Galaxia Gutenberg.